

# En torno a la espiral

---

JUAN MALPARTIDA: *Estación de cercanías*. Madrid: Fórcola Ediciones, 2015, 211 pp.

---

No es usual que en la cultura española proliferen los diarios, esa expresividad que presupone una conciencia de la privacidad, aunque lo cierto es que de unos años a esta parte la normalización con el género se está imponiendo, al igual que la biografía, otra rareza hasta hace bien poco y que conoce ahora un auge que tiene al modo anglosajón del mismo como modelo a seguir. Menos aún es que los escritores que frecuentan el diario dirijan su atención a múltiples disciplinas, arte, música, ciencia, y establezcan mediante esa experiencia una coherente forma de enfrentarse al mundo en una actitud que debe todo al modelo ilustrado del siglo XVIII.

Juan Malpartida, poeta, narrador, crítico, es director de *Cuadernos Hispanoamericanos* y reseña libros de ensayo en el suplemento cultural del diario ABC. Acaba de publicar *Estación de cercantías*, un diario fechado entre los años 2012 y 2014, una nueva entrega que sucede a su anterior dietario, *Al vuelo de la página* (Fórcola Ediciones), pero que se diferencia de este libro en la actitud adoptada ante el modo de enfrentarse a la expresión de esa privacidad.

Hay tantos modos de realizar un diario como personalidades los escriben, porque un diario es la realización escrita de un diálogo del autor consigo mismo. *Estación de cercantías* aborda precisamente esta cuestión como preocupación principal, casi como una definición, pues el libro abre cita con una del autor mismo: «En todo diálogo hay siempre un ausente». Ese diálogo supone un desdoblamiento, siquiera tenue, lo que supone una conciencia sobre sí mismo que tiende a cierta objetividad, a cierto alejamiento. Malpartida es poeta que propende a la emoción oceánica del intelecto, lo que le aleja de modelos de diarios, no sólo al modo de Amiel o Leopardi, sino a los muy distintos de Gide, tan presentes en su actitud con un aire balzaquiano, o los de Ernst Jünger, donde la mezcla de cotidianeidad y concentración intelectual, casi abstracta, de claro componente platónico, está alejado de la tendencia a expresar un dietario que sea expresión de la evolución espiritual de aquel que lo escribe haciendo especial hincapié en la temporalidad. He puesto estos ejemplos, la lista desde Samuel Pepys tendría visos de no acabar nunca, porque son diarios significativos en sus distintos modos de expresión del género. Si tuviera que referirme a la actitud que acoge a Juan Malpartida a la hora de escribir *Estación de cercantías*, podría establecer cierta relación, la hay en su poesía, al igual que con T. S. Eliot, Octavio Paz, Saint John Perse, Antonio Machado, con Paul Valéry, con algunas páginas de sus *Cahiers*, pero creo que la figura que subyace por debajo de todas éstas, de un modo quedo, subterráneo, discreto es el de Goethe. Cierto es que hago más las afirmaciones de Gottfried Benn, autor de un magnífico ensayo sobre el autor de *Las afinidades electivas*, en el sentido de la imposibilidad del ejemplo del mismo en épocas como las nuestras donde la fragmentación, o el capricho casi dadá de ciertas exploraciones científicas, como la teoría cuántica, hacen imposible incluso

la idea misma de coherencia entre vida y obra que caracterizó al escritor alemán.

La afirmación podría parecer exagerada pero ello sucede porque tendemos a fijar la estatura de esas figuras, no sus tendencias. Juan Malpartida ha realizado un diario que es un recorrido intelectual, y vital, de un escritor en dos años y ese recorrido es deliberadamente ideal, en el sentido de ahondar en esa exploración intelectual, y resulta, como resultado de ello, una disposición de ánimo muy goethiano. Pondré como ejemplo la proximidad hacia una figura que me toca especialmente porque participo de esa misma fascinación, la de la espiral. No hay que olvidar que esa figura desempeña en Juan Malpartida una especie fecunda de representación pues era el título de su primer libro de poemas. Pues bien, a lo largo de las páginas de *Estación de cercanías* hallamos la presencia ineludible de esa figura, desde las referencias a la forma de las galaxias, pasando por el elemento helicoidal de la secuencia del ADN. Así, ya desde el comienzo del diario, cuando describe la fascinación que le produce la complejidad de las relaciones entre cultura y vida, anota: «Digamos sí o no, valoremos más nuestro asombro ante el cielo estrellado y la hélice del ADN, afirmemos o neguemos que la vida humana tiene sentido o carece de él, eso no le importa nada al mundo vegetal o animal que nos rodea, al mineral, a la Luna girando a nuestro alrededor, al Sol ni a los millones y millones de soles de este inconcebible universo» y continúa: «El hombre no cesa de aparecer y siempre es ya el hombre, porque no hay una teleología, un fin en la vida ni en nuestra vida, una meta a cuyo término la obra esté realizada» para, finalmente, afirmar que el hombre es siempre el mismo y distinto. Pues bien este modo de reflexión, no los términos de la misma, que no se conocían en tiempos de Goethe, está emparentado con el creador de *Fausto*, es una disposición similar ya digo, ante la posición del hombre en el mundo y la actitud que éste debe tener ante su existencia, ante la forma de disponer de ella, es decir, de sí mismo. Igual en lo que se refiere a la actitud ante la ciencia. Malpartida no ha descubierto ningún hueso maxilar, ni ha contribuido al mundo de la ciencia con una teoría sobre los colores, ni mucho menos se ha enfrentado a las teorías de algún grande, pero es hombre interesado por la ciencia, más que la mayoría de sus colegas pertenecientes a la literatura y ha escrito críti-

cas sobre numerosos libros de ciencia, en especial, biología, que parece rama que le interesa mucho. Disposición similar respecto a esa multiplicidad de intereses entre las distintas ramas de la cultura y, lo que es más importante, la tendencia a la serenidad intelectual frente a los avatares dramáticos, trágicos, absurdos, crueles, terribles de la existencia, tendencia que se quiere armonía en definitiva y que halla sus orígenes en nuestros estoicos.

Malpartida es escritor que, de creer de manera un tanto supersticiosa, estaría dispuesto a concederle esa superstición a la Historia. Es hombre que siempre quiere dejar huella en una temporalidad que es nuestro habitat. Así, *Estación de cercanías*, y conviene subrayarlo, es obra que a pesar de desarrollarse como una aventura espiritual, cultural, fecha días, concreta datos temporales con meticulosidad, igual que hizo en *Al vuelo de la página*, pero en este primer diario lo temporal estaba más ligado a lo cotidiano, a sucesos que acaecían, y aquí esos sucesos tienen que ver mucho con el dato que registra la lectura de un libro de ciencia, pongamos por caso, o la ocurrencia de una frase. Doy fe de ello porque el 31 de octubre de 2014 estaba en su compañía y lo sé no porque tenga una especial memoria a lo Funes sino porque recuerdo que anotó en su libreta, «El trabajo es el imperativo categórico de la inspiración» y aquella frase de inequívoca vena kantiana se me quedó grabada en la memoria. La frase está fechada en ese día.

Hay en este diario, si embargo, diversos apartados con los que el autor diversifica las entradas del mismo. Una emotiva carta que envía, en un período de tiempo donde realiza un viaje a Guadalajara, México, a Octavio Paz, su amigo, que es misiva de reconocimiento intelectual, dirigida a un amigo, sí, pero también a un mentor y cuya importancia conviene resaltar en la conformación del libro porque dilucida muchos aspectos contenidos en el mismo, o la graciosa entrevista que la joven estudiosa americana Helen Michet, de la que el autor afirma se le apareció como un Virgilio, realiza al autor, un cuestionario vital donde Juan Malpartida se permite la broma de crear su particular Elisabeth Costello y referirse a una niñez que de otro modo hubiese sido difícil encajar en el desarrollo del libro. Este apartado resulta especialmente gratificante pues actúa al modo de un equilibrio con el resto del libro, dotándole de

una frescura, de una ligereza y de un sentido del humor más pronunciado que en el diario propiamente dicho: es como si a la tensión intelectual tuviera que suceder cierta relajación que compensara el conjunto. Resolución sabia.

Finalmente, el apartado titulado «Piezas de engarce» está conformado como una serie de entradas que dan lugar a reflexiones muy concretas sobre diferentes temas. Así, «Ciencia, yo, literatura», donde Malpartida se pronuncia sobre su posición ante el arte y la ciencia, citando a Jorge Wagensberg; así, el apartado «Si/no», donde reflexiona, a propósito de Steiner, sobre la crítica y el modo que tiene de realizar esa labor; así, «Poesía y poder», donde reflexiona sobre la actividad que más respeta y que le supuso una quiebra ante el mundo y un goce de difícil definición la primera vez que experimentó con ella; así, «El don», que es una reflexión sobre el estilo y la sencillez en el mismo de algunos escritores; así, «Lo inefable», sobre aquello que no se puede transmitir fuera de la asunción del texto de una novela en su literalidad, así, sobre el concepto de evolución, de la literatura como concepto universal y la querencia a veces intraducible de las grandes obras; en suma, la reflexión, mediante apuntes, de una serie de conceptos que conforman su espíritu y su modo de interpretarlos.

*Estación de cercanías* es uno de los dietarios más complejos que me ha sido otorgado leer en los últimos tiempos: se encuentran hallazgos por doquier, pero sobre todo se le otorga al lector la disponibilidad de ahondar en una aventura espiritual. No es poco.—**JUAN ÁNGEL JURISTO**